

n o t i c i a s

Mitla o Quechmictoplican: ¿fantasía del siglo XIX? (disquisiciones sobre William Niven, Thomas Edison y un grabado imaginario)

Daniel Schávelzon

Nada hay más maravilloso que la fantasía liberada, cuando sin límite alguno se usan elementos de la realidad para construir un imaginario, una ficción. Es lo que llamamos creación, es la ficcionalización de hechos de la realidad, es lo que ha generado las grandes obras de arte y literatura. Pero es obvio que no sucede lo mismo cuando hablamos de ciencia, y tal fue la gran diferencia que marcó la etapa previa a la arqueología científica y la ulterior: cuando ya no fue posible usar sólo la imaginación, cuando hubo un método que había que cumplir, el que podría cambiar en el tiempo, pero ahí estaba para ser usado rigurosamente. Un sitio era un sitio y no otro, ni en otro lugar, por mejor que ese cambio sirviera para demostrar una teoría o para ocultar el lugar exacto por cualquier motivo. Y eso dividió las aguas: la arqueología por una parte, o quienes trabajaban con el mundo prehispánico, y quienes lo usaban sin reparo alguno —reparos que no tenían por qué tenerlos realmente— para inventar, vender su imaginación, escribir lo que querían o simplemente fantasear. El secreto a partir de allí estuvo en separar una cosa de la otra.

Uno de los grandes personajes del cambio de los siglos XIX al XX, uno de los que no pudo vivir en la profesionalización de la arqueología fue el excéntrico escocés-estadounidense William Niven, quien desde 1890 hasta 1930 fue un perso-

naje notable en México. Primero como mineralogista y explorador, después como arqueólogo —para los cánones del momento—, luego como comerciante de antigüedades, finalmente como el gran mixtificador, quizás quien llevó más lejos la mezcla de imaginario, falsificación y engaño incluso a personalidades serias. Y creó fantasías, como su biblioteca de piedras inscriptas, la primera gran biblioteca prehispánica similar a las de Babilonia o Assur o Nínive encontradas en esos años, o el tipo cultura Tepaneca de origen chino, entre otras.

Niven nació en Bellshill, Escocia, en 1850, y a los 29 años se fue a Estados Unidos a buscar un futuro. Allí se dedicó a la mineralogía, llegando a tener cargos públicos y una incesante actividad privada. Para 1886 tenía su propia empresa dedicada más que nada a minerales finos y especiales. Ese año se casó y llegó a tener nueve hijos. Entre los encargos que recibió, Thomas Alva Edison le pidió conseguir un extraño mineral, la gadolinita, para hacer filamentos de lámparas, expedición que le permitió encontrar varios minerales nuevos. Pero a la vez descubrió que su interés estaba en los trabajos de campo y no en atender un negocio, a la vez que desde 1890 tomó conciencia de que México era una cantera casi no explotada de minerales de alto valor. Con esos viajes se hizo un buen conocedor del país y tomó contacto con



VISTA DE UNO DE LOS TEMPLOS DE UNA CIUDAD NAHUATL RECIENTEMENTE DESCUBIERTA EN MÉXICO

- ◉ Fig. 1 Grabado de E. Tilly que ilustra la expedición de Niven a la ciudad perdida de Quechmictoplican y que identificamos como Mitla, Oaxaca.

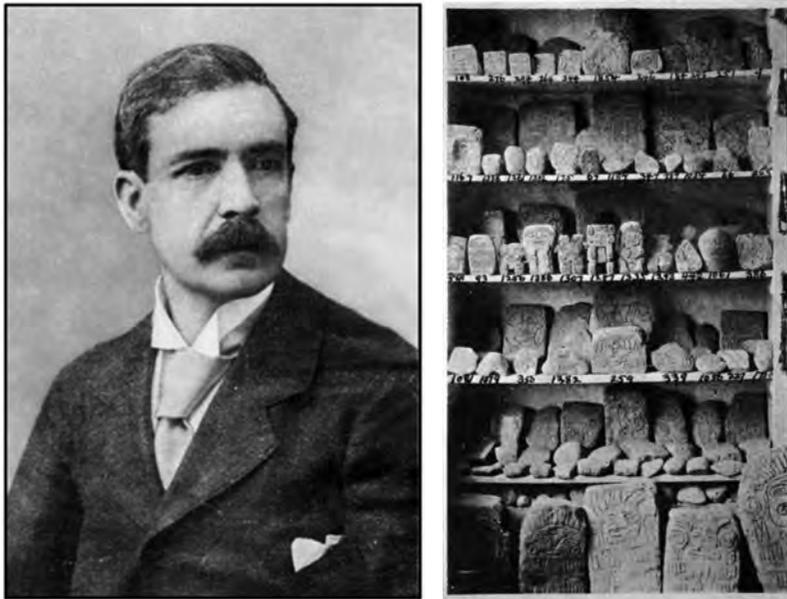
el Museo de Historia Natural de Nueva York. A partir de allí la minería le daría su fuente económica y la felicidad el trabajo de campo, hallando cada vez nuevos minerales. Por supuesto, de sólo recorrer la zona encontró gran cantidad de objetos arqueológicos que se distribuyeron en museos por Estados Unidos y México.

En 1894 hizo su primer descubrimiento arqueológico importante, una supuesta ciudad perdida llamada Omitlán que ubicó en Guerrero, cerca de Chilpancingo. El nombre luego trocó en Quechmictoplican (con y sin acento final), que usaba como reemplazo de la otra y a veces como dos sitios diferentes.

En 1910 la Revolución le hizo difícil andar por el campo y decidió instalarse en la ciudad de México —antes vivió con su familia en Cuernavaca—, donde puso un negocio de su nuevo interés, las antigüedades. La zona que explotó comercialmente de manera intensa fue Azcapotzalco, de

donde obtuvo miles de objetos que se mezclaban con falsificaciones, burdas y de calidad, por supuesto no sabemos si era intencional o no. Incluso logró ser aceptado por la Institución Carnegie. Tuvo apoyo de varias instituciones para explorar esa y otras zonas. Recordemos que la Escuela Internacional de Arqueología inició sus excavaciones en ese lugar por influencia de Niven, lo que no es poco logro.

Permaneció en México los siguientes veinte años, después se retiró a vivir en Houston colaborando con el Houston Museum of Natural History, al que donó muchos objetos. Falleció allí en 1937. En sus años en México mantuvo relaciones con todos los arqueólogos, facilitó y vendió objetos a todo el mundo, desperdigó piezas falsas por doquier y generó intensas polémicas sobre sitios que no existían y culturas inventadas, incluso engañando y haciendo enfrentar a personalidades como Manuel Gamio y Ramón Mena. Desde 1912,



◉ Fig. 2 William Niven en sus tiempos en México, a la derecha parte de la colección de 26 mil piedras talladas que reunió en su vida, simples falsificaciones.

según narrara Ramón Mena, estaba pergeñando su “tipo cultural mongoloide” y chinesco que fue la cultura Tepaneca. No cualquier falsificador lograba esos niveles.

El tema que lo hizo famoso fue el supuesto descubrimiento, en 1921, de un conjunto de piedras talladas que fue atesorando —jamás aceptó vender ni una de ellas— hasta llegar a la fantástica cifra de 26 mil “tabletas” de piedra. Jamás se supo de dónde eran, quién las hizo o dato alguno, fue su gran secreto. Por supuesto, les atribuía extraños significados y lecturas. En 1926 Charles Churchward publicó en Londres un libro titulado *The lost continente of Mu*, del que vendió millones en su momento, sobre el continente perdido de Mu y las tabletas fueron su prueba indiscutible. Si bien sabemos que Niven no mandó foto alguna para ese libro, Churchward las obtuvo de diferentes publicaciones, dándole aún más un marco de fantástica y esotérica realidad. De ellas hizo reproducciones frotando grafito sobre papel, lo único que lo sobrevivió, pues la colección completa desapareció. Insólito, 26 mil piedras, algunas realmente grandes desaparecieron para siempre y jamás nadie encontró ninguna. No publicaba sus hallazgos, a veces usaba el sistema de cartas a

revistas o le entregaba la información a terceros, como hizo con el hallazgo de Placeres del Oro, difundido por Herbert Spinden en 1911 como un sitio de la cultura Mezcala. Algunos observadores han dudado ante la posibilidad de que el hallazgo ya contara con alguna pieza falsa.

No creemos que Niven se considerara a sí mismo un arqueólogo *moderno*, sino a lo sumo de la vieja generación: como un explorador incansable que encontraba lugares que, al igual que las minas, no era necesario decir dónde estaban. Si los objetos eran o no auténticos tampoco parece haber sido siquiera un problema a discutir, ya que engañaba a

sus mejores clientes y los metía en problemas, lo cual no es la mejor política comercial. Si en algún momento en 1896 decidió virar su tema de interés de las minas a la arqueología, por convencimiento o porque veía un mejor negocio, es imposible saberlo, pero lo hizo. Si sus obviamente falsas tabletas eran para engañar a otros, a sí mismo, para un negocio que nunca sabremos si se hizo, u otra cosa, tampoco lo sabemos, lo notable es haber logrado que toneladas de piedra desaparecieran. Si el grabado que publicamos —hecho de casualidad por Tilly— expresa y representa bien su forma de ver las cosas tampoco lo sabemos, pero pareciera: la fantasía distorsionó la realidad a un grado realmente inaudito, y quizás así era Niven, para quien verdad y fantasía en algún momento dejaron de tener significados claros como exigía la nueva arqueología.

El grabado desconocido (e incomprensible) de Mitla

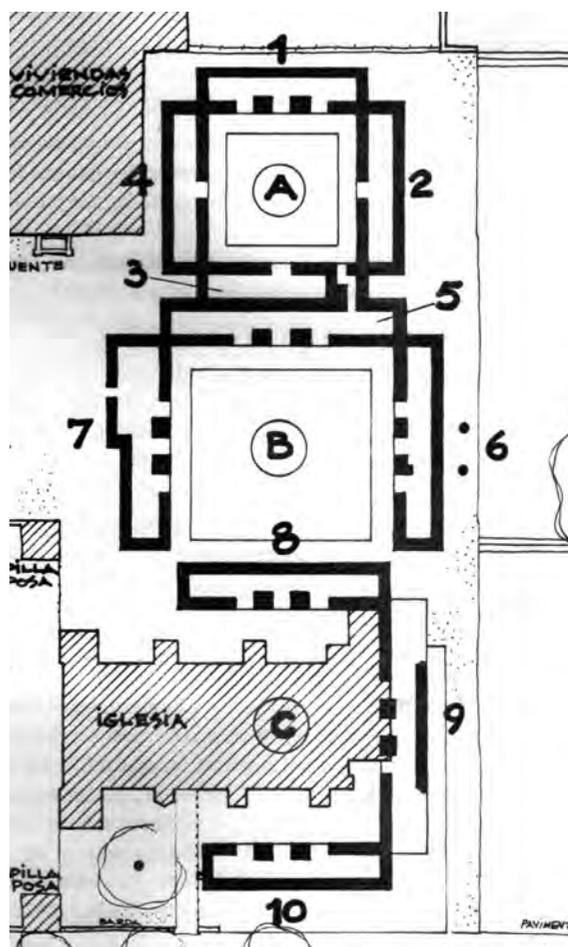
Tal como era costumbre en la época, los conceptuados como “exploradores viajeros” no acostumbraban redactar artículos; siguiendo una vieja



◉ Fig. 3 Vista de la entrada a la Casa Parroquial en Mitla, cuando las columnas sostenían el techo de entrada y la puerta agujereando el muro en 1885, según foto de Désiré Charnay.

tradición europea (recordemos a Brasseur de Bourbourg, por ejemplo) escribían cartas a terceros —que en realidad ellos mismos enviaban a revistas—, las que se publicaban como “noticias” sin autor. El caso de Niven no fue diferente, aunque —por cierto— su interés al iniciar este viaje era exclusivamente mercantil y la búsqueda de minerales, nada estaba más lejos de su mente que la arqueología.

La nota inicial sobre este extraño sitio de Quechmictoplican la publicó el periódico mexicano *El Imparcial*, en su edición del 18 de agosto de 1897. La nota se inicia aclarando que ya habían dado a conocer antes el hallazgo de Niven en Guerrero. La nota es la traducción original, más extensa que la publicada después en España, con menos errores y simplificaciones. En ese sentido *La Ilustración Artística* en Barcelona respetó el espíritu de la nota pero no toda la letra escrita. Pero al agregarle el grabado de Tilly, repetido dos veces y a gran tamaño, le dio a la nota una imagen que despertaba fantasías. El grabador hizo un buen trabajo y no fue precisamente por respetar la realidad de la que sólo podía imaginar en la distancia, y que tampoco respetaba Niven con su texto. Imaginemos lo que significaba para el lector español hallar en el desierto un grupo de ruinas de nombre extraño, un lugar desconocido, palabras impronunciables para los europeos, templos que contenían tesoros enormes y misterios, palacios inconmensurables con subterráneos en la montaña, en un sitio no claramente definido. Perfecto para vender, como sus minerales. Y el nom-



◉ Fig. 4 Plano del Grupo de la Iglesia mostrando la ubicación del Edificio 6 que se usó para el grabado de Niven (cortesía Nelly Robles).

bre del sitio sin duda recuerda el usado para Mitla (Mictlán), que unió con el previo Omitlán que usó al principio, generando el extraño nombre de Quechmictoplican.

El grabado muestra un templo impresionante por su perspectiva inferior, con dos columnas delanteras. Esas columnas son, y en eso es difícil equivocarse, las que aun están al entrar a Mitla, frente a la parte trasera del Edificio 6 del Grupo de la Iglesia. Las paredes del edificio del grabado remedan la decoración en piedra del lugar; el basamento, en cambio, debió tomarlo del Edificio 17 que está al este del Salón de las Columnas, con el dintel caído que aún permanece así. Cuando llegó Niven el lugar ya había comenzado a ser restaurado por Leopoldo Batres, quien desde 1888



◉ Fig. 5 Las dos columnas en la actualidad, después de la restauración de Leopoldo Batres pero que siguen en el exterior del edificio, la foto está en la misma posición del grabado (cortesía Jorge Ríos).

estaba haciendo intervenciones menores. Si bien el conjunto siguió siendo la Casa Parroquial por muchos años —fue desmantelado en 1926—, es posible que el techo de las dos columnas (que Niven les dio significado fálico) haya sido retirado por Batres en sus primeras obras, al igual que había cegado la puerta. ¿Cuándo se hizo esa entrada rompiendo un palacio y se sacaron las columnas para hacer el pórtico?, lo desconocemos, pero creo que es una obra del siglo XVI hecha al mismo tiempo que la iglesia en la cual están sus muros empotrados. Es decir, Niven llegó a un lugar en que, además de ruinas, había gente viviendo, ya era conocido y muchos habían excavado y publicado —y las fotos no eran difíciles de encontrar—. Obviamente, decir que llegó a un lugar así —primer sitio importante del que tenemos noticia de su visita— no era siquiera interesante por más que lo hubiese impactado a él, y si pudo construir la cultura Tepaneca de Azcapotzalco y luego 26 mil tabletas, esta pequeña mentira era una cuestión menor. Quizás la primera y eso era todo.

¿Estuvo y excavó Niven en Mitla?

Gracias a todo el trabajo publicado por la historia de la arqueología en Oaxaca creíamos que no que-

daba casi nada por rastrear, al menos entre los viajeros y exploradores del siglo XIX cuyo nombre era trascendente. Es evidente que sigue habiendo personajes que ya sea por su corta estadía, por su poco trabajo, porque ocultaron sus excavaciones o por lo confuso de sus textos, han pasado desapercibidos. Y en este caso es posible que la misteriosa Quechmictoplican haya sido simplemente Mitla.

Basamos esto en dos hechos: uno es el grabado que estamos discutiendo, que sin duda es de ese sitio aunque muy distorsionado; sin embargo, es cierto que no podemos demostrar que haya habido relación entre ambos personajes, Niven y Tilly, o el editor de la revista. No dejaría de ser extraño que Niven hubiese tomado algunas fotos y las enviara con su nota si lo contactaron para reeditarla, o que en España reprodujeron el texto de México y usaron algún grabado o foto de Mitla, que en esa época existían incluso publicadas y fueron usadas con entera libertad. Pero en el texto del artículo hay datos significativos: el que Niven viajase desde Guerrero hacia una zona desértica pero no tan lejana (65 kilómetros), aunque aclara que “tras muchos días de penosa marcha”, cuando su guía encontró el camino “sombreado por árboles gigantes”. Es posible que esté hablando del Tule y que el camino, en efecto sea el bien marcado que iba a Mitla desde Oaxaca. Y que allí haya encontrado “veintidós templos”, solamente “dos pirámides” y numerosos altares, todas cifras muy similares a lo que se podía ver en el lugar antes de las excavaciones, demasiado certeras por cierto. Además separa claramente pirámides y templos. Las dos pirámides aun hoy son las de los grupos del Arroyo y del Adobe. Y los “arabescos” extraños en piedra no necesitan ser descritos por su obviedad. Las dimensiones, los 180 metros cuadrados de cada templo, “en su mayoría de piedra”, en un lugar en “que abundan los subterráneos”, y que en el centro de los palacios había altares, parecen ser descripciones de los palacios de Mitla. Incluso, la observación de que cada palacio (o “templo”, ¿cuál era la diferencia?) tenía ventanas no suena ridículo cuando las puertas tenían sus dinteles caídos y estaban enterradas por la parte inferior, al igual que al decir que estaban sobre enormes pirámides de

adobes con gradas, todo eso no está nada lejos de la realidad visible en el siglo XIX. Para alguien que no tenía entrenamiento en la materia no parece que fuese muy exagerado lo dicho, y no menor de lo que decían otros.

Por supuesto uno se pregunta por qué no habló de la cercana ciudad de Oaxaca, bueno, eso era lo que le daba al tema la fuerza para ser noticia mundial. Una cosa era descubrir un sitio “tan grande como Nueva York” en el desierto, otra era decir que ya era conocido y estudiado y tenía una gran ciudad cerca. Y quizá, si es que realmente llegó



Fig. 6 Fotografía de Charnay publicada en 1885, usada por el ilustrador del sitio en 1897.



Fig. 7 Detalle del lugar usado por el grabador con el dintel caído sobre el basamento del Edificio 17 (cortesía Nelly Robles).

desde Chilpancingo por la sierra y no desde la ciudad de Oaxaca, debió ser lo que él vivió; seguramente nunca había leído a los arqueólogos que ya habían descrito Mitla y tampoco le interesaría hacerlo. En esos años de viaje, 1896 y 1897, encontró muchas antigüedades, sitios arqueológicos tan interesantes como Placeres del Oro (actual Coyuca de Catalán) y ni siquiera los dio a conocer. Placeres esperó hasta que en 1911 lo describiera Herbert Spinden, quien también excavó en Mitla. Quizá esa falta de información es la que llevó a asociar las ruinas de *Quechomictlipan* con

la actual Omitlán en Guerrero sin sustento, salvo el de creerle a Niven. Es cierto que trabajó y excavó buscando sus minerales a lo largo del curso del Balsas y en Xalitla, Xochipala, Zumpango del Río y hacia el occidente hasta Coyuca, pero sus intereses no eran arqueológicos, por más que dio a conocer la hermosa cerámica de Xochipala y las tallas de piedra de Mezcala quizá sin siquiera imaginar el aporte que hacía al conocimiento del pasado. Si además excavó en Mitla es imposible saberlo, aunque conociendo al personaje no creo que haya dejado de hacerlo; y si además se encontró con Batres o supo que había algún control, mejor aún disimular el sitio con un nombre supuesto.

La Ilustración Artística de Barcelona

La Ilustración Artística fue una revista típica de su tiempo, en que proliferaron las publicaciones seriadas de tipo modernista, con el objeto de construir el nuevo espacio común de la burguesía. Era el lugar desde donde se difundía la cultura, el arte, la moda, las formas de vivir y pensar para pertenecer a un grupo social. España en eso

jugó un rol fundamental para América Latina en el siglo XIX tardío, generando varias de estas publicaciones ricamente ilustradas y esta llegó a tener 50% de su espacio con imágenes. Fue fundada por Abelardo de Carlos, luego continuada por su hijo Abelardo José, y editada entre 1882 y 1916. Era semanal y de gran tamaño, se acompañaba de fascículos o separatas de novelas en serie. La imprenta era de las más grandes de habla española: Montaner y Simón de Barcelona.

Su sistema de ilustración vivió todo el proceso de transformación gráfica, desde los grabados en madera a la cincografía, la litografía y las fotografías. Fue remisa en el cambio y prefirió el grabado a la foto, pero finalmente se entendió que no era un problema de gusto sino de significado. La vida moderna necesitaba la instantánea, el realismo, lo veraz, contra la esteticidad construida del grabado, aunque fuese tomado de una foto. Es cierto que de una fotografía a poderla publicar el paso no fue sencillo, pero al final se impuso y el grabado se volvió obsoleto desde 1898. El interés por la arqueología se debía a que en la revista estaba José Ramón Mélida, quien se dedicaba al tema y llegó a ser director del Museo Arqueológico Nacional en Madrid. El artículo sobre Niven y su hallazgo replicaba el publicado ese mismo año en *El Imparcial* de la ciudad de México, titulado “Descubrimiento de una vieja ciudad mexicana”, y fue de los últimos en tener grabados en lugar de fotos. Veremos que las fotos usadas por el grabador serían tomadas de libros ya editados en España desde 1868 y por su propia editorial en 1884.

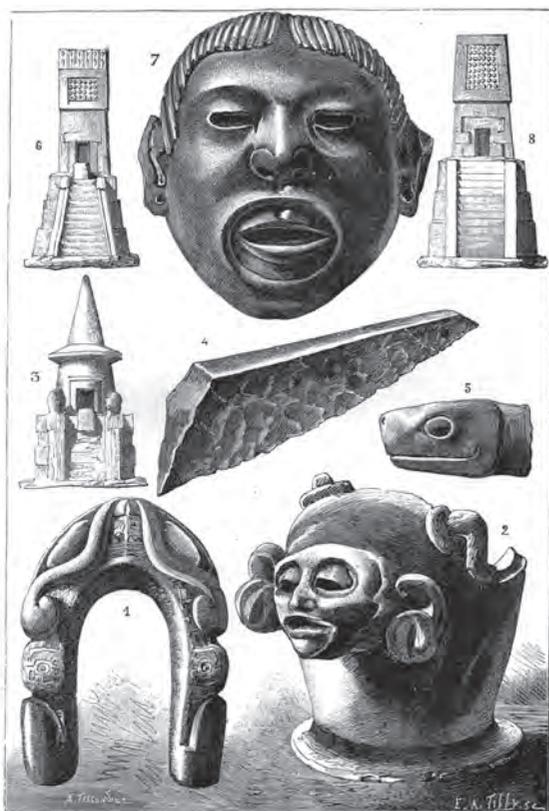
El grabado y el posible autor

Pese a que el grabado está firmado como E. Tilly, sabemos que en esa revista colaboraron padre e hijo de igual nombre, aunque el hijo firmaba como E. A. Tilly y con “sc” al final. Las firmas de ambos son casi idénticas y se confunden fácilmente. Ninguno puso su nombre completo en los muchos grabados conocidos y muy pocos hablaron de su obra, no hay casi referencias a su vida y obras, menos aun del padre que es un verdadero desconocido. Sus trabajos son de ilustración en

revistas o libros, cubriendo una variedad inusitada de temas: desde globos viajeros hasta estaciones de tren, novedades y noticias o copias de fotos tomadas en países considerados exóticos. Así grabaron las grandes exposiciones internacionales, exploraciones, reuniones de reyes y generales, la Torre Eiffel, el Museo del Prado o los progresos técnicos. Al menos por ahora sus vidas permanecen oscurecidas por la poca importancia que la historia del arte ha dado al grabado, considerado como menor ante la pintura, o la simple frescura de la fotografía, sin entender que era todo un arte, además de que resultó imposible publicar fotos sin el proceso de grabado por casi medio siglo.

No llama la atención que hubiese hecho una ilustración imaginaria para esta noticia, que era bastante sensacional, por cierto, para los curiosos lectores de su época, y que para hacerlo recurriera a fuentes ya conocidas; es decir fotografías de sitios arqueológicos de México, el libro de Désiré Charnay publicado poco antes y mundialmente difundido, ya que las fotos parecen coincidir perfectamente (Charnay, 1862-1863). El hallazgo de Niven no tenía ilustraciones porque no existía, en realidad sí, pero lo había alterado creando una superchería. Charnay publicó un artículo en la misma editorial en 1884, y era conocido desde antes en ese país. Incluso un libro posterior, el de Rodolfo Cronau, impreso por la misma editorial, tiene decenas de grabados copiados de la obra de Charnay.

Pensamos que el grabador fue Tilly padre, no sólo por la falta de la segunda inicial sino porque sus trabajos son más directos, en madera, simples, fuertes; el hijo trabajó en el desarrollo de técnicas con cinc, cobre, con ácidos y sistemas que permitían lograr una mayor definición casi fotográfica. El hijo hizo varios grabados de temas arqueológicos, y reproducimos uno curioso publicado por Francisco de Pi y Matgall en su *Historia general de América*, de 1888. Los elementos parecen, por la otra firma, haber sido suministrados por Albert Tissander, un curioso arquitecto, grabador, viajero, arqueólogo aficionado y aviador pionero que hizo miles de grabados de sus recorridos por los sitios más inverosímiles de la tierra, a los que viajó sistemáticamente.



OBJETOS DESTINADOS A LOS SACRIFICIOS HUMANOS EN EL ANTIGUO MÉXICO
 1. Cántar de sacrificio.—2. Vaso adornado con la cabeza de un sacrificador.—3, 4 y 5. Entradas de los templos de sacrificio.—6. Cuchillo de obsidiana.—7. Cabeza que figura un sacrificador cubierto con la piel de una víctima.

- Fig. 8 Grabado de E. A. Tilly mostrando un conjunto de objetos arqueológicos de México. Publicado en 1888 a partir de información suministrada por Albert Tissander.

Bibliografía

- Charnay, Désiré
 1862-1863. *Cités et ruines américaines; Mitla, Palenqué, Izamal, Chichen-Itza, Uxmal, recueillies et photographiées par...*, París, A. Gide.
- De la Fuente, Beatriz y Daniel Schávelzon
 1976. "Algunas noticias que sobre Palenque se publicaron en el siglo XIX", en *The Art, Iconography and Dynastic History of Palenque, II Mesa Redonda de Palenque*, Pebble Beach, Robert Louis Stevenson School, pp. 149-153.
- Lombardo de Ruiz, Sonia
 1994. *El pasado prehispánico en la cultura nacional (memoria hemerográfica, 1877-1911)*, México, INAH, vol. II.

- Robles García, Nelly y Alberto Juárez Osnaya
 2004. *Historia de la arqueología en Oaxaca*, México, INAH, 2004.
- Wicks, Robert y Roland Harrison
 1999. *Buried Cities, Forgotten Gods: William Niven's Life of Discovery an Revolution in Mexico and the American Southwest*, Austin, Tech University Press, 1999.
- Williams, Stephen
 1991. *Fantastic Archaeology: The Wild Side of North American Prehistory*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

